

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

Contar un trozo de mi vida aquí sólo viene a cuento si sirve para recordar versos y chispas de Juanito, al que tanto debo y con el que comido y me he reído hasta *la jartá* —como dos hombres del sur. Empiezo con un tamaño de documento 150%, con letra Times 16 y con lentes en aumento. Progresa «la presbicia» (yo inculpaba a las lámparas pero la palabra y el diagnóstico científico de vista cansada me los dio precisamente nuestro ahora homenajeado, siempre «muy interesante»).

Voy a relatar —en mi espacio de *deus ex machina*— un pasaje de aquella época en que coincidimos en un mismo departamento de la Diputación de Tarragona, años noventa, siglo pasado. Yo me finiquité. Él sigue allí, en la corporación provincial, como secretario de «máxima confianza». Los políticos pasamos o pasan, los funcionarios permanecen. Son atributos del Ser. Ya lo versionaron Heráclito y Parménides.

Se me ocurrió proponerle, por entonces, un viaje a dos a Madrid para asistir —como a un estadio de fútbol— a una didáctica sesión de cortes (la lúdica villa y el asador vendrían después). Partimos como mandan los cánones muy de mañana, los dos ilusionados, Juanito más pues, aunque no demuestre ser muy viajero, lo vive con intensidad como otros momentos de su vida. Tanto se mantenía la intensidad que, llegados a los Monegros, le dije: «Tate un poco, chiquillo, que estamos empezando». Pero es divisa del grupo literario Rotoarco no parar. «Aquí no te da nadie la palabra, aquí la tomas», y se toma con el riesgo de que, si no vas rápido o eres muy ocurrente o estás enfermito, te dardean como a San Sebastián. Sólo se la damos, la palabra, al profesor, a Ramón Oteo, y ya casi ni eso. En el fondo nos queremos pero, en el camino de la socialización, vamos a peor, francamente. ¿Do la poesía del silencio? Experiencia, *folk*, abrazos y cachondeo total. ¿*Por qué habla tan alto el español?* —preguntaba León Felipe.

Pues eso que contaba, que íbamos a la capital, al centro de la Tierra, *la terra cognita*, a tiempo para poder dar buena cuenta de un cocido (en un restaurante de cochinito con gafas en el mostrador) y también para cambiarnos en la pensión (en donde Juanito me dio buena prueba de sus dotes culturistas y apolíneas). Había que llegar enteros para asistir a la tarde al Congreso a la sesión de preguntas al Gobierno por parte de los diputados. ¿Te acuerdas, Juanito, de las interpelaciones de aquellos tribunos con el aristocrático «Fernández de» en sus apellidos?: «Señor ministro, esto no se substancia». Los diputados bravos estaban entonces en la oposición. Qué bronca, vivirlo en directo para contarlo.

«Esto no se substancia»: sí, señor, frase con enjundia, para nuestra floresta particular, como aquellas de amigos comunes de «todo me crece» o «mieles en

alborozo». Yo le apporto alguna semilla y esqueje, porque nadie los hace germinar como Juanito: «toooooo me crece», «miecelesssss en alborozo». La escritura no puede reproducir su particular idiolecto, hay que verle en su contexto y en acción. La escritura aquí es ceniza en la nieve o sombra en la caverna o débil parodia de la verdad más juanítica.

Tras la sesión en el Congreso, decidimos alargar la tarde en el ocio de los cafés del viejo y oscuro Malasaña. Primera parada: Café Comercial, el mar a donde van a parar todos los ríos. Segunda: Café Manolita (o Melita, por la cafetera) con el fantasma de García Calvo impartiendo clases de exilio académico, con camisas superpuestas y a pecho abierto.

Nuestra conversación fluyó allí entre añoranzas de años vencidos y fue decayendo entre amarguras. Ciertas heridas por lances de amor estaban recientes y no había consuelo, tal vez la literatura como defensa contra las ofensas de la zorra de la vida. Y puede ser que el Amor —como el humor como la poesía como el placer— no resista un ritmo sostenido. Necesita contraste, períodos de duelo, azúcar con café... Mas había que levantarse, no olvidarse de cenar (eso nunca se perdona), acercarnos a una sala de música o de bailes (Juanito en eso es el mejor, un «falso gordito» le dijeron un día, no saben ustedes cómo se mueve: cuando danza sensual, levita; cuando se anima, es la Orquesta Mondragón). Aun le quedan arrestos de su récord de longitud en las universidades laborales de Levante. Somos lo que hicimos y soñamos en nuestros seminarios adolescentes.

Pero, sigo: estando entre semana, se nos antojó más propicio entrar en el cabaret Elígeme (calle San Vicente Ferrer), decían que un local de Joaquín Sabina abierto en plena movida madrileña, aquel movimiento presidido por el alcalde Tierno y clausurado más tarde por el concejal Matanzos. Al Sabina no lo vimos, pero sí a otros famas y cronopios: a Ricardo Solfa —heterónimo que no traducción de Jaume Sisa— bebiendo con Javier Krahe —que «no todo va a ser follar»— a los hermanos Carmona y a una decena de primas y primos suyos, gitanos de camisa blanca.

Aquella noche, actuaba en esta sala de copas y artistas un extorero muerto, Pablo Carbonell, metido en monólogos hablados y cantados, prelude de posteriores intervenciones televisivas que luego ya nos perderíamos. Juanito se cruzó con el actuante en los lavabos, se miraron con ojos de asombro y Carbonell acabó huyendo de escena, asustado. Dos animales de la misma especie se reconocen y al mismo tiempo pueden llegar a temerse. *No hay en toda España un manicomio como el de Reus.*

En la espuma del bar, y con un malta en la mano (*qué bella tierra, Escocia*), rebrotó de nuevo la felicidad en Juanito y nos dedicamos a contemplar y taxonomizar las especies. Si hubiera venido Josep Moragas, el jinete audaz, no hubiera sido así. Hubiéramos interpelado a los famosos cantantes allí congregados, sin ninguna duda (así fue, por ejemplo, años ha, en el Café Gijón con los teatreros). Pero nosotros, aunque pasados por Reus, no somos de esa pasta. Necesitamos que nos presenten.

Lo nuestro, ya lo he apuntado, tal vez sea más la lírica, el ánimo suspendido, el *voyeurismo* o lo que es lo mismo: *amar bellas mujeres todas las tardes señaladas*.

Un poco agotados ya de distracción nocturna, acabamos retirándonos a la pensión. Parecíamos una pareja de policías. ¡Ronda y madrugada para los poetas! Pero nos aguardaba al día siguiente el viaje de vuelta. De vuelta pero pasando por una promesa: «el cordero». Juanito me lo recordaría cada diez kilómetros o menos: «¿Dónde, Manolo, el pueblo de ese cordero sacrificial castellano?» El no tener carné no le ha supuesto nunca ningún trauma ni autocensura.

Me desvié de la autovía para llegar y parar en Sigüenza, un oasis entre pedregales de la Iberia más desabrida y profunda. Pasamos por su catedral a rendir tributo al risueño doncel de Sigüenza (portada y título de nuestros libros escolares de lectura) y a la griega Lucia Palladi: dos figuras blancas y dialécticas en la España más negra. Después —a diferencia del viaje de Repsol Gavín y Renault Rivera, otra familiar pareja— no repostamos en el encastillado Parador Nacional sino que nos decidimos por un pequeño restaurante en una empinada y larga calle —muchas lo son allí, la pelota del pequeño Mario y las cuitas de Ana lo supieron. Los viajes no dejan de ser intertextos.

En el asador, quizá nos equivocamos, y en vez de optar por un simple asado de lechazo con agua, nos decidimos por un ovino aromatizado, pero cómo picaba (los viajeros ingleses más dandys ya lo advirtieron en sus memorias: «España huele a aceite y ajo»). En la mesa de al lado hablaba sin parar una chica cubana rubia, presentadora de televisión. ¡Cómo hablaba! Y ¿cómo puede ser que alguien nos ganara en esto? Pues, sí. Tal vez, en este caso fue la presencia de su par, un mozarrón de nuestro país. La verdad es que, delante de la cámara, la rubia no era tan elocuente, pero aquí intervenía la excitación del amor. *Nunca se dejó de amar en La Habana*.

Una vez servidos, reemprendimos el viaje de vuelta hasta la *dolça Catalunya*. Es la etapa más peligrosa, la última: parece que has llegado, te relajas, pero no. En ese tramo, Juanito, se desnudó (a él que no le van las playas nudistas) y me hizo la confesión más trágica. No quiero decir, por amigo, las cosas que él me dijo. Sus presentaciones públicas pueden ser también los esperpénticos espejos del callejón del Gato. El humor como la erudición engañan. Y sí, Juanito, te llevé hasta tu puerta, hasta el quicio de tu mancebía (cualquiera no te lleva, si luego hay de recompensa una caña de lomo, rica, ibérica, comprada por correspondencia, y gotosa). Tu casa estaba por entonces en el barrio Fortuny de Reus. Allí viviste muchos años con tus padres, el señor López y la entrañable señora Carrillo —tu yang y tu yin genéticos— y tus vivarachos y laboriosos y solteros resistentes hermanos mayores: Paco, Miguel y Antonio. La verdad es que, finalmente, sólo tú quedaste «suelto». Los planes de vida como los planes de jubilación son sólo papeles, nunca son perfectos.

Ay, tu pequeño piso, con tu foto de bebé desnudo y hermoso coronando el comedor, en una calle ancha cercana a otra de nombre mítico «Jardín de los poetas

» y a otro piso doble en donde vivió su primera mocedad y sus noches Ramón García Mateos, el cual trajo hasta aquella plaza y hasta aquella biblioteca a: José Agustín Goytisolo, a Sabina de Blas de Otero, a Ramiro Pinilla y a tantos primeros espadas. Siempre nos quedará la poesía, su *locus amoenus*, *su et cetera*, su jardín de recuerdos y aromas.

En la dedicatoria del primer libro que nos reunió, *Pasión primera*, te escribí —y lo mantengo—: «me gustan tanto tus versos como tus tapas». ¡Ay, las tapas del Coala! ¿Por qué traspasarías ese bar *ganxel?*... ¡Ay noches grupales de Salou!... He pasado en este relato al «tú», no he podido desprenderme de tu personalidad —arrolladora y próxima. Espero tu benevolencia, aunque esta vez no me podrás añadir, gamberro saboteador, una nota a pie de paj. o página como en *Poemax*. Qué cacho de editor que fuiste o eres, como nuestros queridísimos Moragas, Alfredo y los tres Ramones, juntos todos por Navidad. Yo sólo soy un pijoaparte discípulo vuestro, un *minor*.